|  |
| --- |
| **Dio lo mejor de sí** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 03 / 2005 |
| **Atrás van quedando los días en que el parto era tarea exclusiva de las madres y el personal médico a su servicio. La participación paterna no sólo es bienvenida, sino también alentada. Una madre nos cuenta por qué.**  Mi esposo y yo habíamos asistido a las clases para gestantes, habíamos practicado la ruta que seguiríamos hacia el hospital y preparado con anticipación lo que llevaríamos para mí y para nuestro bebé. Escribí como quería que fuera el parto, imaginé cuándo empezarían las contracciones y lo que haría en cada momento. La realidad me golpeó con experiencias diferentes, pero no por eso menos gratificantes. Fui consciente, por las pequeñas contracciones que empecé a sentir, de que había empezado el trabajo de parto. Eran las siete de la mañana de un día jueves. Fui muy emocionada a decirle a mi esposo que ese día veríamos, ¡por fin! al hijo que esperábamos con tantas ganas.  Esa mañana desarmé la cuna que habíamos comprado y puse un moisés que nos habían regalado; cambié el maletín que tenía listo con dos meses de anticipación y decidí que quería llevar otras cosas. Mi esposo me miraba asombrado y me preguntaba si realmente estaba ya en trabajo de parto. Eso lo pudo comprobar en la tarde cuando los dolores empezaron a ser más fuertes y mi valentía y fortaleza parecieron venirse abajo.  Su aliento y los masajes que me dio fueron esenciales para mí. Había practicado con diferentes objetos. La idea era encontrar lo que más me aliviaba y le acomodaba a él para hacer ese momento lo más llevadero posible. Encontró que un rodillo de pintura pequeño era lo mejor para ambos. Fue súper útil. Cuando nos trasladamos al hospital tuve toda la atención y cuidados necesarios y gracias a ala epidural pude dormir y relajarme. Ya era hora, pues llevábamos 24 horas de trabajo de parto.  Recién fui admitida en el hospital a las dos de la tarde del día viernes. Él, que se encontraba tan cansado como yo, tuvo que conformarse con una pequeña silla donde acomodarse. Estuvo siempre a mi lado, algo que yo necesitaba mucho, pues su presencia me tranquilizaba y me daba seguridad. Al final, el parto que habíamos planeado se convirtió en una cesárea inesperada. Pero todo estuvo siempre bajo control.  Cuando escucho hablar acerca de que los hombres no saben lo que es dar a luz, pienso que no es del todo cierto. Mi esposo lo sabe. Lo vivió cuando se preparó con anticipación y trató de considerar los pequeños detalles para darle bienestar a su pareja e hijo; cuando nos ofreció su presencia constante, su fortaleza, comprensión y atención a nuestras necesidades. Antes y durante el parto, cada uno en su papel aportó lo mejor de sí. |
|  |